

UN TEMA DE REFLEXION



Mayor ALEJANDRO LOZANO LARA

La muerte ha dado origen a la vida eterna, es el pretexto principal de las religiones y filosofías, es motivo de terror y de esperanza, es la única realidad indiscutible y es, también un magnífico negocio.

De la muerte viven los sepultureros, los fabricantes de ataúdes, los empresarios de pompas fúnebres, los floristas y, en gran parte los sacerdotes y monaguillos.

Muy pocas civilizaciones miran la muerte con naturalidad. Alrededor de ella se tejen leyendas y misterios que impiden considerar la muerte como una etapa más del ciclo evolutivo. A pesar de que todas las religiones ponen su énfasis especial en el alma, propi-

cian en sus creyentes un mayor respeto por el cuerpo muerto que por las personas vivas.

Esto lo confirman los adagios populares que, haciendo eco de estas creencias, afirman: "El muerto, por mal que lo haga, siempre sale en hombros".

Pero no podemos generalizar. Para el tibetano, un cuerpo sin alma no es más que una envoltura, un simple objeto; cuanto antes desaparece tanto mejor se halla el difunto. Este, envuelto en un blanco sudario, es llevado por el enterrador a cierta distancia del pueblo, donde es depositado. Cuervos y buitres están posados en las ramas de los árboles. Un hombre, armado de un hacha, empieza a despedazar el cadáver; otro hombre, en cuclillas, mu-
sita unas oraciones, mientras que un tercero se ocupa de espantar a las aves. Cuando por fin termina la operación, el enterrador quiebra los huesos para que también éstos puedan desaparecer fácilmente en el pico de los buitres. Dos horas más tarde no quedará nada de los mortales despojos. Este es el entierro de un individuo de la clase media. Los nobles son incinerados, y los mendigos sirven de pasto a los peces.

Contrastan con éstas prácticas los "funeral parlors" de los Estados Unidos. Son unos establecimientos donde llevan el difunto inmediatamente después de su fallecimiento; allí lo maquillan, embalsaman y rizan, lo colocan en el féretro, alumbrado por una lámpara rosa y lo exponen. Si lo desea la familia, allí mismo pueden rezarse las oraciones fúnebres. Dichos estableci-

mientos tienen varias capillas para los diferentes cultos. El transporte se hace rápidamente en automóvil, sin mayores ceremonias.

Las sociedades de pompas fúnebres rivalizan en su propaganda. Algunas tienen como lema "You die we do the rest..." (Muérase usted. Nosotros hacemos el resto). Y otra dice "Le vendemos el ataúd o le compramos el muerto".

En Inglaterra es práctica normal la cremación de los cadáveres. Las cenizas se entregan a los parientes, quienes suelen arrojarlas a los jardines que rodean los establecimientos funerarios. Estas mismas cenizas, en Italia, con frecuencia son motivo de culto en las casas.

Los niños muertos, en muchas partes del mundo, son pretexto de fiestas y jolgorios. En Puerto Rico, el baquiné es un rito a los niños muertos. Visten al angelito de blanco, le ponen un clavel en la boca en señal de inocencia y lo adornan con profusión de flores. Alrededor del niño juegan y cantan; hay, además, bebidas y comidas. No rezan, porque dicen que el niño, no teniendo pecados, va derecho al cielo. Esto dura toda una noche y por la mañana lo entierran.

La población negra de nuestras costas y de las islas del Caribe, acompañan con coros y danzas los entierros: "Ahé, ahé, congo, congo!" y los demás contestan: "Congo, eeh".

Pero no solo los traficantes y el folclor se enriquecen con la muerte. También la literatura. Desde la bella sú-
plica de Santa Teresa:

“Ven muerte tan escondida,
que no te sienta conmigo,
porque el placer de contigo
no me vuelva a dar la vida”.

Hasta las más grandes creaciones del existencialismo literario y de la poesía y novela clásica:

“Recuerde el alma dormida,
avive el seso y despierte
contemplando
cómo se pasa la vida
cómo se viene la muerte
tan callando”.

También la muerte ha causado la paulatina desaparición de las mariposas negras. Su color de luto y su identificación con la parca, hace que las escobas terminen con ellas impidiéndoles el acceso a las casas. Y la enigmática ave negra de “María” convirtió en tragedia lo que no pasaría de ser una novela rosa de Isaac.

La interpretación de los sueños también se nutre de la muerte: soñar que

se asiste al entierro de alguien es signo de que se va a reanudar la buena amistad con esta persona.

Y no hablemos del negocio espiritista: de las mesas que hablan por las voces muertas, de los mediums que reciben espíritus. El mito de la muerte continua en esas “comunicaciones” con el más allá. Mucha gente acude a sitios misteriosos para buscar ese alguien que ya ha muerto y del que necesita al menos palabras de consuelo. Y si no existiera la muerte, tal vez no vivirían los médicos. Es injusto pensar que con la muerte todo acaba. Por el contrario, tal vez por rebeldía contra la muerte, su existencia hace desbordar toda creatividad, porque, al fin y al cabo,

“Morir, lo hacemos todos
para luego cubrirnos de olvido.
Lo horrible es tener la muerte cuando
se vive,
o conservar la vida cuando se ha
muerto”.